

AL OTRO LADO DEL ESPEJO

Todo comenzó una lejana tarde, cuando me surgió la idea de elaborar un libro, que no una antología, motivada por el recuerdo de una frase de la Alicia de Lewis Carroll, cuando dice:

«El único modo de lograr lo imposible, es convenciéndose de que sí es posible».

Los espejos ocuparon la cartografía de mi pensamiento el resto de la tarde. Y hasta que no tuve definida la arquitectura de este libro, no logré conciliar el sueño. Uno de los aspectos a determinar era el número de poetas y busqué el significado de los números para darle algún sentido. Pensé en los nueve estados por los que ha de pasar una idea antes de convertirse en realidad y, evidentemente, el matemático y filósofo griego Pitágoras, se mezcló con personajes de la obra de Carroll como el Sombrero, el Gato de Cheshire o la Reina de Corazones. Me percaté de que, en muchas ocasiones, la abstracción y el simbolismo son tan reales como la pobreza o el desconsuelo.

No sería disparatado pensar que aquella lejana tarde de domingo mi mente galopaba sola y sin riendas y que, ahora, cuando ya la razón me convoca a explicar el motivo de un título que no es real, descubro que tampoco es necesario. Nueve poetas frente al espejo son diez; como diez poetas frente al espejo pudieran —o pudieron— ser nueve; o siete, número relacionado con la perfección, la naturaleza e incluso con las deidades.

Así pues, no creo necesario hablar de aspectos como la función de las brujas de Tesalia, en la Grecia del Siglo III a. C., la idea de que los espejos son la puerta hacia otro mundo o que siempre dicen la verdad (Blancanieves). Basta con uno de los diálogos entre Alicia y el Sombrero:

«—¿Sigues creyendo que esto es un sueño?»

«—Claro, todo procede de mi mente».

Añadiré solamente dos aspectos más: el primero es la elección de los y las poetas. Sobre ellos y ellas diré que no tienen nada en común, salvo su compromiso con la palabra; con el verso. No hay un tema que les vertebre o con el que comulguen, ni una generación o una zona geográfica concreta que les una.

Aunque, a pesar de sus estilos diversos, conforman un todo que, al menos yo, he percibido, dejando siempre de lado cualquier norma que, en este libro, no existe. Intuyo que se empleará la palabra antología, lo sé, pero esto es, más bien, una antilogía. La segunda cuestión son los fragmentos del espejo que, a modo de poética, cada poeta nos ofrece como preludeo a los poemas que todos ellos y ellas han tenido a bien ofrecernos. Como experiencia, puedo asegurarles que ha superado todas mis expectativas y que la simbiosis que se ha creado entre los y las poetas y quien escribe, ha originado, precisamente, ese mundo a través del espejo que Lewis Carroll, aquella apacible y lejana tarde, me trasladó evocando a una Alicia inmortal como también resultarán los poemas de este libro y los de todos los libros escritos y por escribir; o aquellos que se perdieron o ardieron en las hogueras.

ADOLFO MARCHENA